

HIJOS DE LA FCOM

Reportaje sobre los egresados en Periodismo por la Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla. Realizado por Daniel Moya López, Bianca Sánchez Gutiérrez y Esperanza Torres Martín.

El mundo de los egresados en Periodismo de la Facultad de Comunicación de Sevilla es muy amplio, aunque sólo acudamos a aquellos que se licenciaron a partir de 2002 (a modo de continuación del ya citado libro *La inocencia perdida*). Una realidad muy compleja y profunda que tan sólo puede sintetizarse levemente en decenas de páginas. Egresados de renombre y egresados en paro. Extremos soliviantados en multitud de matices en una escala cromática que, en tiempos actuales, alberga algunas tonalidades de grises. Lo primero que se oscurece en la FCOM es su reputación, prestigio, nombre y fama. Y eso es algo en lo que coinciden casi todos los egresados.

La oscuridad de la FCOM

Hay múltiples razones, pero de lo que no hay duda es que la Facultad de Comunicación de Sevilla cuenta con un importante déficit de imagen. A veces justo, a veces injusto. Desde los estereotipos, hasta la situación del mercado laboral. Toñi Nogales, Doctora en Periodismo por la propia Universidad de Sevilla y docente en la FCOM

(Departamento de Periodismo II), reconoce los celos existentes: “nuestra facultad no es de las más punteras, y hasta mi propio profesor cuando estudiaba en el colegio me dijo que tenía que estudiar fuera”. Unas reticencias que se han multiplicado en el terreno de la investigación. Todo ello por los estereotipos que asolan, envenenan y sacuden al sur. La fama de malos trabajadores o de gente que directamente no trabaja. Toñi asegura que le han advertido de ello mientras hacía su tesis doctoral en algunas estancias en Madrid: “me parece abominable. Duele muchísimo porque es una mentira como una catedral, porque si hay algún lugar donde se sabe lo que es trabajar es aquí”.

Carmen Rengel, periodista freelance actualmente en Israel, es de la misma opinión: “el desprestigio de la Universidad de Sevilla viene relacionado con el desprestigio general que tiene el Sur (de España). Eso se combate con menos estrechez mental, con más información y menos prejuicios”. Carmen se hace eco de comentarios sobre

la Institución hispalense, de la que incluso ha oído decir que regala los títulos: “¿entonces la Universidad de Sevilla lleva 500 años regalando títulos?”, se pregunta Carmen, que aprovecha la frase para animar a los estudiantes: “es necesario que la gente sepa que ni fuimos ni sois una facultad de gente parada”.

A la mala imagen de la Facultad responden varios factores. Su juventud (1989), que le hace estar lejos aún de consagrarse, los problemas internos entre profesores que han trascendido a los medios de comunicación, y también la existencia de una gran amalgama de departamentos -muchos ajenos a la Facultad de Comunicación-, como Historia, Derecho o Sociología. Importantes, sí, pero es algo que no ocurre en otras facultades, y eso dificulta ponerse de acuerdo entre todos. De hecho, los departamentos propios de la FCOM son los menos. Muchos matices que se pueden pulir, pero que a medida que pasa el tiempo, parecen no importar a la propia Universidad de Sevilla, para mal suyo y, sobre todo, de sus estudiantes.

Sin embargo, hay una visión que va más allá, y es la que afirma Juan Pablo Bellido, egresado emprendedor por excelencia que en la actualidad posee hasta doce cabeceras digitales en todo el territorio andaluz. Juan Pablo achaca el déficit de imagen a la situación del mercado: “el desprestigio es algo

que viene de los últimos años y hace referencia a la inserción laboral. Ahora mismo la capacidad de inserción la tienen los centros privados en detrimento de los públicos, como la FCOM”. Esto no tiene su razón de ser en la calidad de la enseñanza, sino en el pragmatismo de la orientación de las diferentes facultades. El planteamiento está más orientado al sistema de prácticas y hacia el mercado laboral, justo lo que pide hoy éste. La enseñanza privada está gestionada por las empresas, directa o indirectamente, y no buscan en ellas más que una formación productiva y eficiente.

Este deterioro se observa en las conversaciones que se han mantenido con algunos de los egresados. Muchos de ellos volverían a estudiar en la FCOM por simple cercanía, al no tener centros en sus ciudades de nacimiento o residencia. Sin caer en términos absolutos, casi todos consideran que la Facultad carece de reputación y prestigio, una triste realidad que lleva muchos años sin tener solución. Claro que tampoco se ha buscado. Hasta el punto que, por ejemplo, Cristina Marzán, egresada que hoy vive de ser Community Manager freelance, lo tendría claro si volviese al pasado: “elegiría la FCOM en un primer momento, pero me esforzaría y trabajaría lo suficiente para poder trasladarme a Madrid y poder vivir, entonces, del periodismo”.

Javier Gutiérrez, corresponsal en México de TVE, se siente orgulloso de sus raíces académicas y muestra su propia visión: “a mí no me ha afectado esa imagen porque al periodista no se le mira por donde ha estudiado, sino por su trabajo día a día”. También tiene una imagen positiva Sergio Fernández, hoy en la Dirección de Comunicación de la propia Universidad de Sevilla. “A mí me ha beneficiado puesto que sigo en la Universidad. Yo soy Universidad. Sigo haciendo gala de tener esa marca, de haber estudiado aquí, de haber estudiado en la FCOM”.

La Facultad de Comunicación de Sevilla no lleva a cabo ningún plan para promocionar sus servicios. Y ya se sabe hoy en día que si no se habla de uno, uno no existe. Está claro que esto solo maquillaría parte de la realidad, pero sería lo mínimo proviniendo, irónicamente, de un centro donde se estudia la comunicación. Donde hay que trabajar de verdad es en los problemas de fondo, que han salido a la luz en los diversos reportajes que abarca este libro. Docentes acomodados, planes de estudios mal enfocados, infraestructuras anticuadas y en desuso, etcétera. ¿Y qué tiene que ver eso con la imagen? Algo tan sencillo como ofrecer lo mejor para el alumno que en el futuro será egresado. Que este se lleve el mejor de los recuerdos de la Facultad, y no solo se deba a las compañías que tuvo.

De Sevilla a Jerusalén

Pasaron sus años de formación en la denostada, desterrada y desierta Isla de la Cartuja, pero la amplia lista de egresados tiene un sinfín de destinos incalculables. Uno de nuestros viajes más largos y exóticos es el que emprendemos a continuación. Tomamos un avión periodístico que nos lleva al corazón de Israel, a Jerusalén. Allí pasa días y noches Carmen Rengel, emblema estudiantil para la Facultad de Comunicación de Sevilla. Su historia es la del periodismo de raza, la de llevar párrafos de tinta impresa en las venas. Carmen no sólo es una gran exponente internacional de la FCOM, sino también una de las grandes enamoradas de la misma: “en la Facultad lo tuve todo: enormes compañeros, enormes profesores, cercanía... No puedo tener mejor recuerdo de aquella fábrica de iniciativas e inquietudes”.

La historia de Carmen Rengel es la del periodismo de hoy. La única diferencia es que la protagonista nunca se rindió. Y continúa sin hacerlo. Ella siempre tuvo claro que quería marcharse fuera de Sevilla, cruzar fronteras y aduanas para ejercer el periodismo. Sus inicios fueron los de echar currículums por todos los lares disponibles. La suerte estuvo de su lado y consiguió los últimos puestos o contratos que ya no eran habituales. No obstante, la suerte es para quien la busca. No todo es objeto del azar. El que la persigue la

consigue: “mi carrera ha venido marcada por la suerte, por la carambola de una vacante que había que cubrir en la redacción de El Correo de Andalucía. Me topé con que tenía un contrato en condiciones desde el primer día”. Es la historia que cuenta Carmen de una época en la que, considera, todavía había medios de comunicación ambiciosos que apostaban por engordar sus plantillas, y redacciones en las que se valoraba el trabajo mal pagado de becario. Todo ello le valió para adquirir una experiencia sagrada. Curtirse en mil batallas y enamorarse aún más de la profesión que quiso estudiar.

Carmen Rengel estima –y mucho– su paso por la FCOM. Sus grandes recuerdos no se deben en exclusiva a la típica experiencia universitaria, sino que sus vivencias fueron más allá. Formarse, el contacto cercano con los profesores y, sobre todo, vivir el periodismo desde su etapa universitaria. Una rara avis, todo sea dicho: “yo debo mucho a los docentes. He tenido la suerte de toparme con muy buenos docentes que aún hoy me ayudan si lo necesito. Eso es lo que te da una facultad. El papel del profesor iba más allá de la materia que te daba, tenía ese punto de consejero y de guía que tiene que tener todo profesor en la Universidad”.

Es inolvidable su anécdota con el catedrático Ramón Reig. Este, en sus clases, enuncia –tras poner a Carmen

Rengel como ejemplo de periodista que encuentra su lugar si lo busca– que esa alumna siempre iba a clase con dos periódicos, uno de ellos económicos. Ramón se extrañaba ya de por sí por el mero hecho de que un alumno de Periodismo leyera el periódico, algo que no solía verse por los pasillos de la Facultad. Pero, “¿uno económico? ¿Quién lee esos periódicos?”, le decía. “Detesto la economía, pero para ser buen periodista hay que saber de todo y la única forma de conocer los entresijos de este tema era leyendo periodismo económico, y gracias a ello aprendí muchos términos, conceptos y las realidades que mueve el mundo de la economía. Eso sí, la sigo detestando”. Y ésta es Carmen Rengel. Estudió en la Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla, de la que se siente orgullosa. No en otra. Sin embargo, más allá del grato recuerdo que le guardan los profesores, es extraño que una periodista como ella, que lleva el buen nombre de la FCOM por los micrófonos de Canal Sur o Cadena Ser, no haya sido propuesta para dar una lección inaugural de algún curso académico.

Unos kilómetros antes de Jerusalén encontramos a Francisco Carrión Molina en Egipto, donde informa de su actualidad más inmediata. Y también, al otro lado del globo terráqueo, Javier Gutiérrez, corresponsal en México para TVE. Francisco Carrión vive hoy

una experiencia que quizás nunca hubiese imaginado. “Estudí periodismo por hacer realidad un sueño que tenía de pequeño”, explica. Y a juzgar por su trayectoria, lo ha cumplido con creces.

Aterrizó en Egipto tras conseguir una beca otorgada por la agencia EFE en sus últimos años de carrera, mientras que Javier Gutiérrez obtuvo las prácticas en TVE, medio al que volvió años después. Javier sacia hoy la curiosidad que le despierta su alrededor, motivo por el cual decidió estudiar Periodismo. Las prácticas, como se ve en el caso de Francisco Carrión, pueden suponer un órdago en esta profesión, una oportunidad importante para encaminar a los jóvenes periodistas.

En Londres está Estrella Sendra, que busca la especialización en la celebración de festivales de cultura senegalesa. A veces suele pasar, la vida es azar a veces. Allí puede corresponder a su principal motivo que le llevó a estudiar periodismo: “sentirse partícipe de este mundo”. Hoy en casa, en la televisión pública andaluza, Álvaro Moreno de la Santa, presentador del programa Más que noticias en Canal Sur, también emigró a Estados Unidos para engrosar las filas de algunas televisiones norteamericanas, una experiencia de oro. Unas vivencias que, con sólo verle en pantalla, se denota que ha plasmado un estilo diferente en la televisión española.

La decadencia del periodismo como nueva reválida

Si algo ha marcado a los estudios de Periodismo y, sobre todo, a sus estudiantes es la regresiva y agresiva situación en la que ha ido derivando la que algún día soñaron sería su profesión. La situación ha degenerado con el paso del tiempo, y esta diferencia es palpable según se charle con los egresados que salieron en las primeras promociones de La Cartuja en 2007 ó 2008, y las últimas hornadas, como 2011 ó 2012.

Si bien la situación con la llegada del nuevo milenio no era demasiado halagüeña, aún había resquicios para las últimas grandes oportunidades que ofrecía el mercado. Poco a poco se extinguieron. Las últimas promociones han salido al vacío, y han estudiado algo para lo que apenas encuentran trabajo. El modelo periodístico se ha de reformar, y en plena transformación se hallan los jóvenes periodistas. Ante el vicio en el que se ha sumido la profesión, provocado porque todo el poder está concentrado en manos de unos pocos – algo que se ha extendido incluso a nivel local –, el periodismo está herido de muerte, si es que no ha muerto ya. Toñi Nogales da con otra clave, y es que “los periodistas sufren una gran frustración que les ha hecho perder la fuerza de antaño”.

Javier Gutiérrez aporta una triste perspectiva de la realidad periodística

que se ve fuera de los muros de la Facultad: “el periodismo es una profesión individualista donde existe una rivalidad malsana entre compañeros”, destaca hurgando en las sombras del oficio. Eva Díaz, buque insignia del diario El Mundo en la sección de Cultura, no recuerda haber trabajado sin estrés y forzando la máquina todo el tiempo. Muchos de los egresados fueron autónomos en su momento. Un preludio a lo que hoy día es, prácticamente, una obligación. Los pioneros del freelance moderno. Eva también hace referencia a la frivolidad e individualismo al que hacía mención Javier. Uno de los males mayores, resalta, es la superficialidad y la mentira.

En un mundo profesional en el que cada vez hay menos puestos de trabajo y más aspirantes, no queda otra opción que labrarse alternativas. Una de ellas, cada vez más recurrente, es la del periodismo freelance. Tras una reducción de plantilla en El Correo de Andalucía en 2009, Carmen Rengel abandona la redacción voluntariamente para marcharse a Jerusalén. Desde entonces, trabaja vendiendo sus noticias a diferentes medios como Canal Sur o Cadena Ser, entre otros. Cuenta que la opción de ser periodista freelance es una alternativa digna de hacer periodismo. Digna, pero forzosa: “los empresarios han aprovechado la crisis para hacer limpia”. En esa situación, los medios

tienen la necesidad de nutrirse de noticias que elaboran periodistas freelance, a los que piden plena disponibilidad. Pero no es tan fácil: “hay épocas en las que no facturas nada porque no te llama nadie; y otras en las que no te dejan ni respirar”, explica.

Ser freelance significa ser libre. Libre en soledad. Y la soledad de un periodista en un país extranjero conlleva una serie de desventajas, como así indica la periodista de Jerusalén: “no tienes quién te proteja ante la más mínima situación. El más claro ejemplo es el Vilanova”.

Ricardo García Vilanova es un fotoperiodista freelance que fue secuestrado en 2013 por el Ejército Islámico de Irak y del Levante (ISIS) en Siria. Junto a él, iba como rehén el también periodista Javier Espinosa, corresponsal del diario El Mundo en Oriente Medio. Seis meses después eran liberados y pudieron volver a España. Al recibimiento en el aeropuerto acudieron los más altos responsables del diario El Mundo para acompañar a su corresponsal liberado. “Era duro ver a Espinosa con El Mundo respaldándolo y Vilanova solo, sin nadie que se preocupara de él o de su familia mientras estuvo secuestrado, ni de nadie que le pagara su hipoteca en España mientras él estaba intentando contarle al mundo lo que pasaba en Siria”, protesta Carmen.

A pesar de todo, no duda ni un segundo en que esta forma de hacer periodismo sí merece la pena. Siempre y cuando el periodista tenga hambre de información, pero no tanto de comida: “hoy soy más pobre que cuando estaba en El Correo de Andalucía, pero ahora soy más feliz. Hay días en los que no publico nada, pero todos los días aprendo algo”, remata Carmen. Para ella, concluye, no es una mala forma de vida.

Álvaro Moreno de la Santa, advierte de algo que ocurre con demasiada frecuencia hoy en día: “el periodista peca de egocéntrico y cobra más protagonismo que su propia noticia cuando éste no es más que el mensajero”. Él lo sabe bien, que anduvo en el periodismo estadounidense, donde el periodista estrella es una realidad desde hace tiempo. Algo que se ha impuesto en España en los últimos años.

¿Qué ha pasado con los periodistas? Un día fueron referentes de la sociedad, líderes defensores que emergían en verdaderos representantes del pueblo. El servicio social era su caballo de batalla, y la honestidad, su bandera. Pero ese periodismo se ha quedado raudo. Se dice, a menudo, que no es rentable, aunque probablemente, la verdadera razón sea que es molesto para los que mandan y están por encima. “El periodismo es una de las profesiones peor valoradas por la ciudadanía por-

que muchos la han maltratado convirtiéndola en una herramienta del poder desde la que se trata de hacer a los periodistas contertulianos que hablan de casi todo sin reconocer su ignorancia”. Una declaración muy dura, pero que proviene de un periodista, de una persona que convive día a día con este mundo como Francisco Carrión Molina. “Nosotros mismos nos la hemos ganado”, añade Sergio Fernández.

Otros como Borja de Diego, que ante la situación se ha ido abriendo camino por sus aficiones hasta hacer de ellas, de momento, su alternativa. Tras realizar prácticas en Radio Nacional de España, donde él reconoce que sintió de verdad el periodismo, pasó a engrosar las filas del cultural sevillano El Giraldillo. Allí ha visto las grandes miserias, con contratos escabrosos y compañeros que iban pasando sin pena ni gloria. Imposible la estabilidad dentro del equipo. Y la miseria se lo llevó por delante. Un contrato insuficiente y desagradecido a su labor quedó en saco roto y finiquitó el periplo de Borja en el medio. Desde entonces está en paro. Se ha dedicado a sacar la vena –en su caso, más que talentosa– artística y literaria que casi todos los periodistas tienen. Ha publicado un poemario, Barro, que nació precisamente en un trabajo para la Facultad. Y ha hecho lo propio con Cartas, una obra de teatro que, en una compañía metafórica con

el periodismo, ha visto la luz en tiempos difíciles. Periodista y dramaturgo, todos los caminos parecen conducir al mismo sitio. Y no parece muy esperanzador. Sin embargo, no ha perdido el brío.

“La gente no concibe que lo que yo escribo vale dinero, igual que el que vende una cerveza o cultiva cebada lo vale”, referencia Borja de Diego haciendo alusión al concepto que se tiene del periodismo. El poco aprecio que se le tiene a la labor periodística es una importante desventaja para este oficio. No se le da valor a que el hecho de trabajar la información tiene un precio. Y en este sentido, los periodistas han echado tierra sobre su propia profesión, no dándole valor a lo que hacen o a lo que se dedican. El periodismo requiere de unas habilidades y unas virtudes, igual que un ingeniero, un arquitecto o un médico. Pero ni siquiera los propios periodistas saben defenderse entre ellos. Por eso a Borja le hace gracia cuando muchos dicen que los periodistas sacarán al periodismo de su oscuridad.

También en paro y buscando un hueco por los resquicios que aparecen en momentos difusos se encuentra Cristina Marzán. Ella es el ejemplo perfecto de expectativas no consumadas. “Mis expectativas al empezar la carrera eran ser corresponsal de guerra”, afirma. Con el paso del tiempo trabaja en uno de los sectores que puede dar

vida a los periodistas, el de Community Manager. Aunque, de momento, lo hace de forma freelance para algunos negocios. Pese a todo, en absoluto está rendida. De hecho reconoce que no sabe si el periodismo es la profesión más bonita del periodismo, pero “sí con la que se siente identificada y realizada”. María José Pérez Suárez, auxiliar de redacción, vive hoy en Madrid, y también se encuentra desencantada: “tengo trabajo, pero no es lo que esperaba”.

Esta transformación de expectativas es prácticamente una asignatura dentro de la carrera. Sergio Fernández, hoy encargado de Nuevos Medios en la Dirección de Comunicación de la Universidad de Sevilla, lo describe a la perfección: “salvo que llegues de rebote, empiezas la carrera queriéndote comer el mundo y buscando salvarlo. El guantazo que te llevas después es bastante duro. Pasas de querer salvar el mundo, a querer ser corresponsal de guerra y vas situándote en la realidad”. La carrera modifica las expectativas. Se transforman. En muchos casos para mal, pero en otros, para bien. La ya mencionada Doctora Nogales se muestra encantada porque una vez dentro de la carrera aparecieron nuevas ilusiones que ha colmado. Éstas no eran otras que ser investigadora, y ha logrado tener su tesis doctoral e impartir clases. “Las expectativas son sobre la marcha”, concluye Sergio.

Crisis existencial, requisito indispensable

La vida es un ciclo tras otro. Son altibajos. Sonrisas, lágrimas, ilusiones y decepciones. Lo que nos marca son esos puntos de inflexión que nos hacen crecer como personas. La Universidad es un lugar propio para ello, aunque cada vez lo es menos mientras más se aleja de sus orígenes. Sin embargo, aún queda un resquicio de crítica. El periodismo todavía late, aunque casi moribundo, manteniendo parte de su esencia. Casi la totalidad de los estudiantes que han desayunado en su cafetería, que han buscado sus clases en esos pasillos grises delgaduchos, que tuvieron en copistería sus amigos, en definitiva, aquellos que aprovecharon su ciclo universitario, tuvieron su momento de mística, de perderse en un laberinto, de no saber qué hacer, hacia dónde dirigirse, o de ver caer pilares que tenían bien cimentados en sus vidas. ¿Habrá angustia superior a no saber quién es uno mismo?

El caos de un plan de estudios desmotivador, la situación de una profesión que sigue cayendo en picado, y, por qué no decirlo, una competitividad cada vez peor entendida por los propios compañeros de clase, hace que la carrera se convierta en un lastre muchas veces y se haga larga. No hay duda de que la FCOM es un lugar fantástico en el que conocerse mejor, hacerse

fuerte y crecer. Aporte intangible que no todo el mundo valora.

“Lo que más me sorprendió de la facultad es que se madura muchísimo. Yo venía de un colegio de monjas, con un horario estricto y una formación más vigilada. En la Universidad no tienes nada de eso, no tienes que ir siempre a clase, nadie tiene que ir detrás de ti. Tú te responsabilizas de ti mismo, de gestionarte”, reflexiona Sergio Fernández, que achaca ese cambio a su primer año de carrera. Y es que el salto es importante. Tanto, que son muchos los que se quedan en el primer curso porque no se sostienen en un paso tan radical sin una transición intermediaria.

Juan Luis Sánchez, subdirector de eldiario.es, también estudió en la FCOM. Aunque, asegura, volvería a repetir la experiencia, recuerda con frustración sus primeros años: “para mí, los dos primeros cursos eran una extensión de Bachillerato, donde se me había exigido más que en la Facultad”. Por aquel entonces, Juanlu tenía un proyecto en radio junto a unos compañeros que aliviaba la frustración de cursar primero de carrera y ver que aquello poco o nada tenía que ver con el Periodismo.

La Universidad es otro mundo. Es un lugar diferente. Todos los egresados coinciden en la capacidad que tiene la FCOM para hacer madurar, porque se ve desde otro punto de vista la reali-

dad, quizás por conservar ese enfoque periodístico independiente. Es algo que no pasa en otras facultades, ya absorbidas por una dinámica automática con un enfoque puramente mercantil. Es un valor que la Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla debería cuidar, proteger y valorar como un gran patrimonio. Y aquí es donde llega el conflicto entre una institución de enseñanza superior pública y otra privada: “yo siempre tuve claro que de ir a una universidad ésta sería pública. No denosto la formación privada, pero como experiencia vital es mucho mejor una universidad pública por lo que el ambiente de ésta conlleva”, explica Juanlu Sánchez, que en sus años de estudiante en la Cartuja vivió eventos sociales tan comprometidos como los del rechazo a la LOU, el “No” a la Guerra de Irak y el desastre del Prestige.

Sin embargo, ya no es sólo lo que se crece o se madura por aquello de que te estimen como una persona adulta, sino que la gran aportación es que en esa “soledad” muchos estudiantes progresan consigo mismo. Como ya se ha jactado en párrafos anteriores, la maduración es una asignatura más. Probablemente, la más importante. No la otorgan unos planes de estudios. La otorgan las circunstancias. Las circunstancias y uno mismo. Toñi Nogales recuerda que, además de un cambio profesional a raíz de los atentados del

11-M en Madrid, sintió un cambio personal. “Es casi requisito indispensable ese dilema para sacarse la carrera. Preguntarse qué sentido tiene lo que uno está haciendo, las preocupaciones absurdas del día a día, ese trance personal”, recuerda. No obstante, de lo que dice la Doctora Nogales se extrae una reflexión que debiera ser importante. Muy importante. Como un consejo de egresados a alumnos actuales. Es el consejo de un hermano a otro. “Nosotros teníamos un grupo muy unido, no había lugar a la resignación porque nuestras frustraciones eran sostenidas el uno con el otro. Te apoyabas en los demás. Tengo la sensación de que ese elemento se ha ido perdiendo, de que ahora hay más enemistad en una competitividad mal llevada. El carácter del grupo es diferente, se ha perdido”, añade Toñi. La salvaje situación laboral ha penetrado en las aulas de la FCOM, y muchos compañeros pierden la noción de que juntos se conseguirá una mayor prosperidad que por separado, en una guerra entre personas, irónicamente, del mismo estatus. Pero es lo que ha enseñado este tiempo contemporáneo que les ha tocado vivir. La máxima de que para triunfar, si se pisa al de al lado es una victoria más notoria, es falsa.

Mar de anécdotas

La FCOM ha dado en sus mañanas y tardes multitud de anécdotas, un

alivio a la carga académica. Desde las más sórdidas hasta las más inverosímiles, pero todo el mundo que ha pasado y convivido entre sus paredes guarda un momento especial. Protagonistas de estas comedias los hay de todos los calibres, desde profesores hasta las infraestructuras, cualquier elemento de la Facultad puede dejar un recuerdo imborrable. No porque parezcan menos serios dejan de esbozar muy bien lo que es en sí la Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla.

Algunos de esos recuerdos se producen a los pocos días de pisar el centro. Sergio Fernández recuerda lo que le ocurrió nada más llegar a la Facultad: “uno de los profesores de audiovisuales nos explicó la cámara a usar diciéndonos que ésa era la cámara con la que se hacía el mejor porno actual. Aunque tienes 18 años y ya estás acostumbrado a esas cosas, choca cuando vienes del colegio. Sirve para darte cuenta de que estás en otro sitio. ¡Qué alegría más grande!”.

Toñi Nogales rememora con incredulidad aún el nombramiento de Joseph Ratzinger como Papa: “el delegado de otra clase entró y pidió permiso al profesor para decir he creído oportuno interrumpir la clase para anunciaros que tenemos nuevo Papa. Benedicto XVI ha sido elegido nuevo Papa. ¿En serio? ¿Esto está pasando?”, sigue sin explicarse la docente sevillana. En efecto, se podría pensar que hubo fu-

mata blanca, aunque no era muy sacra para poder llegar a entenderlo. Otra anécdota a señalar fue la inundación que se produjo en 2004 en la Facultad, cuando las tuberías internas se rompieron. Toñi se encontraba hablando a las puertas de la copistería con su delegada, y justo cuando se dieron la vuelta cayó una loseta del techo donde se habían encontrado. No les pasó nada y hoy la recuerda con sentido del humor pese al susto. “Empezó a salir agua, agua y agua. Cundió el pánico”, explica.

Como centro en el que la comunicación es la norma esencial, no puede faltar el propio vocabulario identitario de la FCOM. A este respecto, alrededor de la figura del profesor y ex decano José Manuel Gómez y Méndez, recorre la palabra ‘cuchipandeo’, que ha sabido transmitirse entre generaciones y generaciones de alumnos. Hasta el punto de que hasta los propios egresados lo destacan años después. “La mejor de todas mis anécdotas se refiere a la palabra ‘cuchipanda’, que sigue marcando las quedadas con mis antiguas compañeras de la Facultad una o dos veces al año. Fue un profesor, José Manuel Gómez y Méndez, al que pusimos el ‘Cuchipandas’, porque nos enseñó que esa palabra significaba fiesta en andaluz. Con él, hicimos el primer botellón oficial junto a un profesor, sólo que la palabra botellón fue sustituida de por vida por ‘cuchipanda’”, recuerda Cristina Marzán.

La FCOM, simultánea a grandes crisis periodísticas

Toñi Nogales recuerda, por encima de todo, un momento en la FCOM más allá de inundaciones y Papas. El impacto del 11-M: “nunca se nos va a olvidar. Aquella tarde ni se dio clase, sólo se habló del tema. Conectábamos con internet para saber las novedades, fuimos a la manifestación. Ibas por los pasillos de la Facultad y veías gente llorar. Fue una experiencia periodística dentro de la Facultad porque no sabías cómo cubrirías eso”. A Toñi se le quedó una espinita clavada. El 11-M le abrió los ojos, vio el periodismo que existía fuera de la FCOM y tuvo un cambio en su concepción periodística. Más tarde se la quitó haciendo su tesis sobre la cobertura mediática realizada sobre el 11-M. Hoy alega además el rol del universitario. “Fue muy emotivo, toda nuestra generación lo vivió de manera muy especial porque cuando tú eres universitario estás más conectado a la sociedad y sientes que tienes un papel que cumplir”, añade la egresada.

No ha sido el único evento importante que ha vivido la FCOM en sus últimos años. Hay que destacar la importancia que debe tener un centro universitario, foco de conocimiento y actitud crítica –que nada tiene que ver con destruir todo sistemáticamente como ha degenerado el concepto–, en momentos claves para la historia. Son

prácticas improvisadas en las que docentes y alumnos se examinan de la forma más natural posible. Universidad en estado puro. Vuelta a la Edad Media. Por una vez, en el buen sentido de la expresión. El docente debe saber analizar al instante y reconducir aquello para intentar enseñar a su alumnado lo que eso supone dentro de su materia. Y el alumno debe aprender, empaparse de la más pura realidad, que tan lejos está, por desgracia, de las aulas universitarias.

Juanlu Sánchez tiene claro que vivir todo lo que ocurrió en España mientras él estaba en la Universidad fue un privilegio. Durante tres años seguidos, su promoción (2005 – 2009) pudo comprobar el nivel de compromiso social que se vive en la FCOM. Nada más entrar a la Facultad, Juanlu se unió a las protestas en contra de la LOU. Protestas al más puro estilo ‘FCOM’: encierros, acampadas, manifestaciones, maratones culturales, asambleas informativas, etcétera. “Esa sí fue la llegada a la Universidad. Estuvimos un mes y pico de huelgas y reuniones”, recuerda el cofundador de eldiario.es. En años posteriores, la Guerra de Irak y el desastre del Prestige inundaron de indignación a los estudiantes, siempre proactivos, de la Facultad: “en tercero me fui con unos compañeros hasta Galicia para limpiar chapapote”, destaca Juanlu.

Además del 11-M, la invasión de Irak o el chapapote, la Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla ha vivido el estallido de la mayor crisis financiera de la historia, continuas elecciones electorales, revueltas sociales como el 15-M en España o la Primavera árabe, e incluso, mientras este reportaje estaba en elaboración, la abdicación de Juan Carlos I.

No obstante, la FCOM también ha traspasado fronteras. Carmen Rengel recuerda con especial simpatía las clases de Historia del Mundo Actual con el profesor Eloy Arias Castañón: “sus asignaturas de Historia me pillaron en años determinantes en el conflicto de Kosovo. Recuerdo que en más de una ocasión aparcaba el temario del programa académico para explicarnos la historia del conflicto”. Y es que, como en las redacciones de los medios de comunicación, la actualidad debería pesar más en muchas clases.

Claves para mejorar

Ellos, que han pisado cada centímetro sobre el que se elevó el recinto que les hizo periodistas, saben mejor que nadie los déficits y fallos que atesora la facultad con respecto al mundo real, ése en el que ya se encuentran. Y la mayoría coinciden, por lo que resulta evidente que son muchos los problemas de fondo que no han sido resueltos. La FCOM necesita reformas, tan-

gibles, sí, pero sobre todo, intangibles, ese elemento que a veces hace el matiz entre algo bueno y algo superior.

Los planes de estudios son el principal blanco de críticas. Demasiada teoría y poca práctica, muchos conocimientos que se pisan y se repiten año tras año, lo que acaba por desesperar al alumnado: “yo siempre he creído – sobre todo ahora que vivo del Periodismo – que el plan de estudios de nuestra carrera estaba al revés: las asignaturas prácticas como redacción están en los últimos años, cuando deberían estar en los primeros. Por ejemplo: Teoría de la Información es una asignatura importantísima que se asimila mejor en quinto que en segundo”, opina Juanlu Sánchez.

Con la intención de liberar de media hora de agobios a los alumnos entre clase y clase, algunos docentes deciden no dar la hora completa de la asignatura. Al respecto, Esther Sanz Urcía propone una interesante alternativa: “casi en todas las asignaturas que duraban dos horas perdíamos 30 minutos con la excusa de que estábamos cansados. Ese tiempo podría estar dedicado a práctica. Así podría haber sido mucho más fructífero”.

Y entre este mareo de letras, teorías y definiciones, enseñanzas sórdidas, Juan Pablo Bellido lo analiza desde el asombro y el humor. “En Tecnología de la Información Escrita te enseñan a manejar el tipómetro y a medir en cíceros. Eso no se hace desde hace 20 años, ni siquiera ya se usa el QuarkX-

Press”, critica. Resulta inexplicable que en pleno siglo XXI una facultad mantenga enseñanzas tan anticuadas, pero he ahí otro de los grandes problemas de la FCOM.

También se echan de menos asignaturas claves, como alguna de locución, porque es importantísima de cara al futuro laboral. Se empezaba a redactar tardíamente, en tercero, aunque con la implantación del Grado eso ha cambiado. Por esta actualización de contenidos, algunos de los egresados que hoy día viven de la comunicación por internet, les parece inconcebible que aún hoy haya asignaturas en las que no se hable de redes sociales. No es el futuro, sino que es el presente.

La existencia de profesores acomodados, que han perdido la ilusión por la docencia y que no transmiten energía ni pasión por lo que enseña frustra al alumno y merma la enseñanza. “Yo he tenido a profesores que traían los papeles amarillentos de llevar tantos años repitiendo lo mismo”, afirma contundentemente Juanlu Sánchez.

Casi todos coinciden en que son pocos los profesores que realmente mantienen la ilusión por el periodismo. Sin embargo, también destacan que, pese a todas estas lagunas, hay una gran calidad en cuanto a docentes. Fernando Álvarez-Ossorio, Aurora Labio, Ramón Reig, Vázquez Medel, Ángel Acosta, Pilar Bellido, y otros que,

con ruego de perdón, se quedan en el tintero, son algunos de esos referentes que han marcado a los egresados, periodistas hoy que nunca han olvidado sus enseñanzas y que se han convertido en buenos profesionales por tener tales ejemplos a seguir.

Carmen Rengel recuerda con cariño la figura de Juan Luis Manfredi Mayoral, por el que dice sentir debilidad: “todavía hoy, Juan Luis es una de las personas que más me ayudan, sé que puedo llamar a su puerta pidiéndole consuelo”, explica. Ramón Reig también ocupa un lugar privilegiado en su memoria, así como el ya mencionado Eloy Arias. “Me alegra mucho que Ramón se acuerde de mí porque yo también me acuerdo mucho de él. Era de esos profesores Pepito Grillo que te quitan los pajaritos de la cabeza y te cuentan el porqué de las cosas”, enuncia Carmen. “Es de los profesores más lúcidos y críticos que he tenido”, puntualiza.

Hay docentes que aparentan una imagen encima de una tarima que luego no se corresponde con la realidad. Esta es la opinión de Juanlu Sánchez: “los profesores me han parecido más interesantes fuera de las aulas que dentro”. Aunque considera que dentro de la FCOM hay gente muy talentosa que tiene mucho que aportar a los jóvenes periodistas, las disputas entre departamentos y docentes perjudican a los

alumnos influyendo en las asignaturas, llegando incluso a la circunstancia de profesores que imparten especialidades en las que no son del todo diestros: “con los años te vas dando cuenta de las disputas entre docentes y vas entendiendo cómo funcionan los departamentos”, comenta sobre las peleas internas que terminan trascendiendo al alumnado, dado que en ocasiones los docentes lo exponen en el aula como si fuera una parte del temario más. Con cierta dificultad, Juanlu recuerda nombres de docentes que le han marcado, como Elena Méndez, Joaquín Urías o Emilio Rosales, quien realmente le enseñó algo nuevo a través de la asignatura Estética de la Comunicación. “La asignatura de Irene Tenorio (Documentación Informativa) era terrible, pero ahora me llevo muy bien con ella”, confiesa entre risas el ex alumno de la FCOM.

Hay un dilema en torno a la figura del periodista. Ramón Reig, en su libro *Los dueños del periodismo*, distingue entre el periodista académico y el profesor a la vieja usanza. Es una queja común la existencia de muchos profesores que nunca han pisado un medio de comunicación, verdaderos teóricos de la comunicación, pero, en parte, alejados de la realidad. “A mí me ha llegado a dar una asignatura de radio un profesor que nunca había estado en la radio, cuando yo venía de ese medio”, señala con cierta resignación Juan Pa-

blo Bellido. Carmen Rengel comparte su apreciación: “hubo profesores que adolecían de experiencia en el mundo del periodismo y que, por tanto, no podían darme lecciones de lo que era una redacción sin haberla pisado. Esa gente me podía enfurecer”.

Muchos requieren a profesores que hayan estado, vivido, sufrido y disfrutado del periodismo, pues su experiencia es el mejor aval para poder ofrecer un aprendizaje completo a sus conferenciantes. Ése es el ideal del periodista académico, pero a menudo surgen problemas en torno a esto. Muchos profesores están en los medios de comunicación, pero al no dedicarse por completo a la docencia, no prestan o no maximizan el rendimiento de la asignatura porque no la plantean con todos sus esfuerzos. Para Francisco Carrión Molina hay profesores que se toman su docencia como un segundo empleo.

Sobre su paso por la FCOM, Borja de Diego es bastante crítico. Quizás, porque mantiene aún esa concepción utópica de lo que debe ser la Universidad, lo cual le honra. En ciertos asuntos como la decepción por los recursos ofrecidos es patente. “Lo que te queda en la facultad es sacar lo mejor de uno mismo porque la Universidad no te lo da. Tienes que explotar tú y desarrollar lo que tú tienes porque la Universidad no lo hará”, explica para referirse a lo

difícil de acceder a ciertas bibliografías o a lo incompleto de algunas enseñanzas. Juanlu Sánchez considera que si volviera a repetir la experiencia en la Facultad de Comunicación adoptaría una actitud diferente: “la formación que te dan en la facultad es tan teórica que hay que ser autónomo y autodidacta, salir de la Facultad con tus colegas y aprender cómo se trabaja el periodismo”.

Todo es muy mejorable, pero en el caso de la FCOM, viene por un gran demérito. “Hay profesores que no dan la talla y no merecen el sueldo. Había profesores que en vez de enseñarte redacción, se dedicaban a criticar a los catalanes por robar los presupuestos generales del Estado. Me parece retrogrado, arcaico, primitivo y franquista. Y se puede decir abiertamente”, denuncia Borja. Problemas que vienen de fondo. “Hablamos de que la Universidad no es útil cuando un profesor como Alberto Rodríguez, ganador de un Goya, entra como sustituto para dar Realización Audiovisual, y al iniciar el nuevo curso, tiene que dar otra asignatura simplemente porque hay otro profesor que tiene más antigüedad. Se desaprovecha a una persona que no sólo es lo que sabe hacer, sino que le han dado un Goya por hacerlo”, prosigue. Demasiados egos en un centro como la Universidad, que da un servicio público.

Se hace hincapié en la importancia de las prácticas. Hay que saber moverse por el mundo para lograr tener un puesto de trabajo, sobre todo en tiempos tan difíciles. Esto es, también, por la gran absorción de contenido teórico en las asignaturas, que hace muy difícil tener tiempo para realizar prácticas dentro de la Facultad. Por lo general, todas las prácticas que la FCOM ha servido a sus alumnos han sido eficientes y un buen calmante y alivio para la saturación de los mismos. Y, hoy, el lugar donde se desempeñan sus egresados.

Buscar vida más allá de los muros de la Universidad es fundamental para el periodista. Carmen Rengel explica que ella no tardó en coger un buen puñado de currículums y repartirlos por las redacciones de los medios de comunicación cuya sede se encontraba en la misma Isla de la Cartuja. Así es como consiguió su primer trabajo, en el diario ABC de Sevilla: “realmente, no tenía ni idea de cómo funcionaba el sistema de prácticas hasta tercero. Como sí tenía ganas, visité varios medios a los que entregué mi currículum. Esa misma tarde me llamaron para hacer una entrevista con el director de ABC. Llegué dos horas antes, histérica. Iba leyendo un libro de Rosalía de Castro que había sacado esa mañana de la biblioteca de la Facultad. El director me lo vio en la mochila y me mandó para Cultura”.

Estos egresados consiguieron en las prácticas aprender la profesión, vivirla y muchos contactos de los que han podido tirar para tener un mejor futuro laboral. Se sintieron periodistas. Prácticas de todo tipo. Sin embargo, se hace constar que, aunque la oferta es amplia, realmente hay pocos medios de comunicación importantes que se ofrecen, y ése es el tipo de práctica que casi todos buscan. Más allá de eso, el catálogo de ofertas es lo suficientemente amplio como para formarse en distintos ámbitos y ser un profesional más completo. María José Pérez Suárez lanza un voto a favor, en este sentido, para la FCOM, quien resume sus prácticas y la experiencia vivida como “positiva”.

No obstante, Esther Sanz, que hoy ocupa un cargo en la Asociación de la Prensa de Granada, apunta que son muchas las empresas las que buscan en los jóvenes en prácticas sustitutos de empleados fijos para reducir costes de plantillas. En este sentido, “las prácticas dejan de ser un ejercicio de formación que, en teoría, debe estar tutorizado. Desde la facultad deberían controlarse más”, exige Esther.

Todo sea porque la Universidad, además de fuente de conocimiento, investigación y madurez, se convierta en un lugar para ofrecer las mejores posibilidades de futuro. Una salida profesional para desempeñar profesiones que son necesarias para la construcción

de la sociedad. El periodismo, bien hecho, es una de ellas. Y, pese a lo que pueda parecer, salidas hay muchas, no sólo en los medios de comunicación.

Lo convencional, el sueño buscado

Una vez contadas las historias de Carmen Rengel, Javier Gutiérrez o Francisco Carrión Molina, la FCOM tiene una egresada más de la que sentirse orgulloso. Es el caso de Eva Díaz Pérez, periodista del diario El Mundo que batalla cada día en la sección de Cultura y en la que se ha abierto un importante hueco. No sólo eso, sino que se ha ganado el respeto de todos sus compañeros por su labor periodística. Eva Díaz obtuvo su primera oportunidad gracias a Cambio 16 para poder ganarse la vida “contando historias”. El afán del periodista. Y es que sus historias no suelen ser historias de cualquiera, siempre va más allá, al fondo de la cuestión. Es capaz de sacar un excelente artículo cultural prácticamente de cualquier cosa, hasta de algunas conferencias organizadas por la Universidad de Sevilla y que ella trae con mayor análisis a las páginas del periódico para que estas actividades salgan adelante y cuenten con más repercusión, si cabe.

Eva Díaz es de las primeras egresadas ya de la Isla de la Cartuja. Conoce muy bien lo que fueron los inicios del nuevo recinto que daría cobijo a

los futuros pretendientes del periodismo. Recuerda que no fue fácil, pero el empezar de cero, con pocos recursos y medios, aumentó la profesionalidad de estos periodistas. “Narrar contraccorriente implica hacer que se refuerce ese músculo. Cuando todo es más difícil no te dejas llevar, sino que luchas”, reconoce.

Desde el diario El Mundo es consciente de que el periodismo no pasa por su mejor momento, sobre todo la edición de prensa escrita, que sufre un tormento de crisis existencial. Sin embargo, tras este eclipse se encuentran las luces que iluminan el camino de los egresados en su día a día, como es para Eva, quien usa continuamente la herramienta de la imaginación y la creación. “Hacer del periodismo un fabuloso laboratorio de creación”, explica la periodista.

También en medios convencionales, concretamente en la televisión, se encuentra Álvaro Moreno de la Santa, ya citado anteriormente. Él es uno de los rostros más populares de la Radio Televisión de Andalucía al presentar el programa Más que noticias en la sobremesa andaluza. Él también recuerda los inicios de la FCOM en la Isla de la Cartuja como un experimento en el que “faltaba de todo, pero sobraba ilusión”. Una etapa difícil mientras la facultad se acomodaba y adaptaba a las nuevas instalaciones.

María José Pérez Suárez es auxiliar de redacción en Madrid, y aunque no ha conseguido lo que esperaba tiene una trayectoria que le ha ayudado a crecer. Empezó en el decano de la prensa andaluza y uno de los buques insignia de la prensa regional española, el Diario de Cádiz, ciudad que fuera vestigio periodístico a principios del siglo XIX. Reconoce que aprendió bastante, y tiene la fortuna de trabajar en el periodismo, algo que no siempre fue así: “el mercado laboral en general está mal, pero en nuestro sector, concretamente, mucho peor”.

Destaca la precariedad del periodismo, pero también le da la oportunidad de escribir sus propias piezas y de relacionarse con otros compañeros. Ella, que está fuera de Sevilla, conoce a periodistas que estudiaron en otro lado: “quizás recomendaría la Complutense, los compañeros parecen contentos”. En realidad, María José es una enamorada de su profesión. “Si las cosas funcionaran como deben funcionar, sí que sería la profesión más bonita del mundo”, concluye.

La comunicación institucional, la alternativa oscura

Pocos periodistas, o jóvenes alumnos, tienen como objetivo trabajar en el futuro en un gabinete de comunicación, quizás ataviados por muchos prejuicios y una mala fama. Sin embargo,

hoy es una de las mejores salidas profesionales que puede tener un licenciado o graduado en periodismo. Prácticamente, cualquier institución o empresa organizada que se precie, aunque sea mínimamente, requiere de un experto en comunicación para atender la importancia de este elemento en el día a día de las instituciones, asociaciones o corporaciones. Una alternativa sobre la que se han sometido muchos juicios, pero que ofrece mucho más de lo que, en un principio, aparenta.

Sergio Fernández se licenció en el año 2007. Ha pasado por diversos medios, como ABC, Radio Nacional de España y Canal Sur, todas ellas promovidas desde la Universidad de Sevilla. También obtuvo una beca para trabajar en la propia institución... y allí se quedó, en la Dirección de Comunicación de la Universidad de Sevilla. Sus prejuicios quedaron totalmente desmontados: “paradójicamente, donde nunca me veía era en un gabinete de comunicación, porque pensaba que era algo más parado, en la sombra, y que no me iba a ayudar a desarrollarme como periodista. Cuando llegué aquí y supe las posibilidades que esto te da y lo que puedes hacer, es otra cosa”.

Los gabinetes de comunicación hoy día son algo más que notas de prensa, han evolucionado con los tiempos, adaptándose y maximizando las opciones disponibles para acercar a las

diferentes instituciones a la masa. Y el gran ejemplo son las redes sociales, un futuro muy presente ya. Incluso con características que se han quedado en el pasado. Fugacidad del tiempo. Y el periodismo –porque esto también es periodismo– es vida pura, y, por tanto, está marcado por ese mismo tiempo. Pese a su gran explosión, las redes sociales son un aspecto aún nuevo que está carente de grandes estudios. Sergio se ha especializado de forma autodidacta, y nunca tuvo ninguna enseñanza de ello en la FCOM, de lo cual reclama que “debería de empujarse con cursos de libre configuración y empezar una formación en la Facultad, ya sea con la introducción de algunas asignaturas o enfocarlas. Hay que saber cómo comportarse en las redes sociales porque, aunque parece que es lo básico, es lo primero que se pierde”, añade.

La Dirección de Comunicación de la US en concreto es un lugar de prácticas para los alumnos, así que Sergio sabe mejor que nadie cómo llegan los alumnos: “sinceramente, vienen mejor preparados de lo que yo salí. La mayoría vienen con otras hechuras, como más maduros. Cuando yo salí de la facultad no me veía capaz de navegar en la profesión”. Es un buen lugar para aprender esa otra vertiente del periodismo, porque no se hace un trabajo de gabinete de comunicación clásico.

“Enseñamos redes sociales, realización de noticias, entrevistas, trabajos audiovisuales...”, explica. Y concluye: “haces de todo, es muy heterogéneo”.

Sin embargo, llama a la cautela con las redes sociales. “No creo que deba hacerse todo por redes sociales, sino que más bien es un complemento, pero no es un futuro. No va a ir por ahí la esencia del periodismo. Debe existir el papel, yo soy de prensa escrita al máximo, la radio, la televisión, etcétera”, además de añadir, como buen conocedor de estas nuevas herramientas que “son muy injustas, porque te esmeras en elaborar una buena información, tienes en cuenta muchísimos factores, y en las redes hay mucho troll suelto, gente que te estropea tu trabajo sólo por el hecho de tener un conflicto con la institución a la que representas”.

Cristina Marzán Ortíz también trabaja con las redes sociales. De hecho, es Community Manager freelance. Dado el retraso de la FCOM en esta materia, tuvo que hacer sus estudios en la UNED sobre Community Manager y Posicionamiento SEM, así como Marketing PPC. Su primer contacto, de hecho, fue con un gabinete de comunicación de la Junta de Andalucía como becaria, concretamente en FAFFE. Actualmente maneja las comunidades de algunos comercios, pero no vive, en absoluto, del periodismo. Sin embar-

go, es una clara muestra de lo importante que es manejarse en redes sociales y especializarse ahí, porque es un gran nicho de mercado.

Cristina ha pasado por varios medios de comunicación, y también por gabinetes de prensa, por lo que a buen seguro conoce las dualidades que poseen ambas salidas. Una controversia que nunca se ha extinguido y que es fomento de esa oscura sombra que merodea en el hecho de trabajar en un gabinete de comunicación. “Es un debate complicado cuando los que están en el bando de los medios de comunicación no están con nosotros porque creen que no somos sinceros. Sólo tienen que ver que nosotros somos institucionales y les ayudamos a ordenar la información, a comprenderla mejor. No pretendemos esconder, somos plenamente transparentes y colaboradores en su trabajo para cualquier cosa. Somos compañeros, no enemigos, como muchas veces interpretan ellos”, explica Sergio Fernández. “Si tiene que salir algo malo, pues saldrá y nos servirá para mejorar y avanzar en la gestión. Lo que queremos es que la gente conozca lo que hacemos”, continúa.

Hay quien piensa de diferente modo. Juan Pablo Bellido firmó por una multinacional francesa que climatizaba aeropuertos pero la acabó dejando porque se aburría. “Viajabas mucho, visitabas muchísimos aero-

puertos, pero me aburría, así que volví al Día de Córdoba donde ganaba cinco veces menos. Es que me aburría como un lenguado”, cuenta. Juan Pablo también pasó por el Ayuntamiento de su ciudad, Montilla (Córdoba), pero él se sentía periodista de verdad desde la otra barrera.

El sueldo que ofrece un gabinete de comunicación es una de las claves para considerarla una muy buena alternativa. Frente a las condiciones precarias del periodismo, los gabinetes de comunicación ofrecen otros parámetros, horarios más fijos y acordes, mejor salario y mayor estabilidad laboral, entre otras bondades. “Actualmente es de las mejores salidas. Los medios de comunicación están cerrando, o están sufriendo EREs. Salvo que cambie el modelo productivo en España, creando empresas y reforzando instituciones y se devuelva la financiación, es la salida más segura. No sólo de organismos públicos, sino también de empresas. Por eso a todo el mundo recomiendo las redes sociales y su estudio, porque es fundamental”, argumenta Juan Pablo.

Cien mil kilómetros y diez mil euros en gasolina para estudiar periodismo

Parece una exageración andaluza el título del epígrafe, pero es una realidad que hoy cuenta con orgullo y mucho humor Juan Pablo Bellido. Residente en Montilla, iba todos los días a clase

–“sin faltar ni uno”– desde la localidad cordobesa hasta Sevilla, por lo que se hacía unos 300 kilómetros aproximadamente al día sólo por estudiar la carrera que siempre quiso. Y lo mejor es que, asegura... ¿Se los volvería a hacer!

Esta anécdota –aquí usar el adjetivo de mero sería faltante –, no es más que el fiel reflejo de lo que es Juan Pablo Bellido. Una persona con la que charlar y aprender, y, sobre todo, un periodista de los que ya no quedan. Se extinguen. Y nadie tiene intención de cultivarlos y criarlos. Su historia, ya de por sí, es muy diferente a lo común. Juan Pablo decidió estudiar Derecho antes que Periodismo, pese a que él siempre quiso ser periodista. “Me dijeron que sólo con Periodismo no encontraría trabajo, así que hice el proceso, el camino al revés y estudié Derecho porque para un periodista es muy importante”, argumenta.

Antes de estudiar Periodismo en la FCOM, a la que llegó a través de los estudios de segundo ciclo, él ya trabajaba en el Día de Córdoba, pero se sentía un intruso por haber estudiado Derecho en lugar de Periodismo. Cuando entró en la carrera, ya acumulaba una década de trabajo en el mundillo: “entré en la carrera para quitarme complejos y también porque considero que hay aspectos teóricos que sólo pueden aprenderse en la facultad y son indispensables para ser un buen periodista”. Su paso por la FCOM fue impecable:

19 matrículas de honor, 11 sobresalientes y un notable (con polémica incluida). Tan impecable que recibió el galardón de la Universidad de Sevilla como estudiante con mejor expediente de la FCOM, pese a que su objetivo no era, ni mucho menos, era el de sacar las mejores notas.

Juan Pablo Bellido es el mejor exponente de otra de las salidas por la que han de dirigirse los egresados, la del emprendimiento. Pocos egresados hay como él que hayan emprendido tanto, y, sobre todo, en algo tan innovador. Mientras cursaba periodismo, Juan Pablo decidió fundar su propio periódico local, Montilla Digital. Un periódico de ámbito local en un soporte como internet ante una población caracterizada por su envejecimiento era un gran riesgo. Sin embargo, en su gran victoria explica: “el secreto es ser honesto y en eso se incide poco en la FCOM. La honestidad implica que en pueblos pequeños la presión del alcalde es dura y puede llegar a doblegar la voluntad del periodista de turno. La máxima es que no nos casamos con nadie y si tenemos que dar a uno, se le da, y si hay que aplaudir, se le aplaude. Por eso no llevamos publicidad institucional. El lector no es tonto y eso lo aprecia”. Hoy, lo que parecía un proyecto con pocos visos de viabilidad, se ha expandido hasta tener 12 cabeceras digitales por toda Andalucía. Y este revolucionario salió de la FCOM.

Juan Pablo se aprovechó de las nuevas tecnologías, fundamental profesional y académicamente. “El capital riesgo en internet es cero, porque no te cuesta dinero. Sólo puedes perder el tiempo, pero si lo tienes, no pierdes nada”, aconseja Juan Pablo. Su modelo de periodismo está basado en la supervivencia y en los nuevos tiempos que vive esta profesión, donde él dice que la única alternativa es emprender. Postura discutible pero que le ha dado resultado, añade: “todo aquel que quiera montar un periódico sólo tiene que ponerse en contacto conmigo, nosotros le abrimos el periódico, las secciones comunes y los colaboradores de opinión, sin que me tenga que dar nada. Él sólo tiene que buscar las noticias y la publicidad, que será el sueldo que perciba. ¿Qué gano con esto yo entonces? Pues algo para nada desdeñable, tener varias cabeceras en distintos lugares, y eso da imagen de marca”.

“En el periodismo no hay otra opción que emprender. No está en crisis, lo que está en crisis es el modelo de negocio. Se está recortando en plantillas porque hay unos costes enormes de producción que son insostenibles. La única forma de insertarse en el mercado laboral es montando tu propio negocio, y te tendrás que equivocar veinte veces, pero es la única forma de hacerlo”, analiza Juan Pablo. En tiempos difíciles, innovar y reinventarse son dos virtudes de excelencia. Cuando pa-

rece que ya está todo inventado, sólo crear algo novedoso y con una organización sólida detrás, asegura un buen puesto. Así siempre ha evolucionado la sociedad.

Juan Pablo imparte clases en EUSA, universidad privada, pero en absoluto le resta valor y mérito a la universidad pública, y menos, a la FCOM, de la que está enamorado: “me encanta la Facultad. Si no tuviera trabajo, pediría un puesto hasta en la copistería”, bromea. Y le encantaría volver para estudiar Comunicación Audiovisual, aunque se describa como un negado. A su favor, negados hay muchos, pero pocos con la motivación que desprende. “Aunque me muriera de hambre, siempre querría ser periodista. Ni futbolista, ni armador de yate”. Y éste es Juan Pablo Bellido.

Otro emprendedor del que bien pudiera presumir la Facultad de Comunicación es Juan Luis Sánchez, subdirector y cofundador de eldiario.es, un medio digital cuyo lema reza “Periodismo a pesar de todo”.

Desde el principio, Juanlu –como se hace llamar– se ha lanzado a la calle para buscarse las castañas. Amante confeso de profesionales de la Radio como Gemma Nierga, Santi Ortega o Paco González, una vez en la carrera, buscó un hueco para hacer prácticas en la COPE. Poco después ocupó un puesto como colaborador en el programa de

entretenimiento Las mil y una noches, de Canal 2 Andalucía. Entre curso y curso, aprovechó los tres meses de la época estival para trasladarse a Madrid a desarrollar unas prácticas en la Cadena Ser, donde coincidió con redactores como Ana Pastor. Un convenio que también motivó él mismo.

Una vez licenciado, Juanlu ha trabajado como profesor y experto en periodismo digital o colaborado puntualmente con otros medios, incluso ha estado en el paro. No obstante, su carácter de emprendedor le ha valido para fundar dos proyectos de renombre en la Red: Periodismo Humano y eldiario.es. “En Periodismo Humano estuve mucho tiempo sin cobrar, pero no podía dejar el proyecto a medias”, confiesa. Precisamente, Juanlu también pasó por la experiencia de la comunicación corporativa en la Expo de Zaragoza 2008.

El periódico digital eldiario.es nació en 2012 tras el cierre de la edición impresa de Público y fundado, entre otros, por Ignacio Escolar. Y entre esos “otros” está Juan Luis Sánchez. La principal novedad de este proyecto es el sistema de financiación a través de socios, mediante el cual la mayor parte de sus ingresos provienen de sus fieles lectores. “No son socios que pagan para leer, sino para que se sepa la información y circule por internet. La gente lo entiende y lo valora. Y esa una alegría vocacional”, subraya Juanlu.

Al hilo de esta condición de financiación se podría plantear una pregunta: ¿Es esta la solución a la independencia económica, ergo ideológica, del periodismo? Nuestro egresado plantea las dificultades de este proyecto: “somos una estructura muy pequeña con una alta audiencia y se nos exige como si fuéramos más de lo que somos, como otros medios realmente grandes”. Sin embargo, explica, logran subsistir, son sostenibles y pueden contratar a gente. “Lo complicado es encontrar el equilibrio”, concluye.

El lado artístico del periodismo

Aunque es casi tan mala salida como el periodismo, - todos los periodistas, o al menos, la mayoría, tienen su vena literaria, avalada por su amor a la escritura o lectura -, el arte es otra de las derivaciones hacia las que se puede encaminar un periodista. Y no por ello dejaría de hacer periodismo. De hecho, en ocasiones, puede hacerlo mejor desde una novela, una obra de teatro o una poesía, que desde las columnas de un periódico. ¿Es el periodismo la literatura de la cotidianidad?

De la FCOM también han salido buenos mimbres. Ya han sido mencionados, como Borja de Diego o Eva Díaz. Ambos tienen en común su afán por esta vertiente, por la cultura, y eso les ha marcado tanto en su estilo como en sus desarrollos como periodistas.

Borja de Diego, hoy en las desdidas del INEM, aprovecha el estancamiento de su salida laboral para desenvolverse en estas lides como es escribir sobre teatro o poesía.

“He cumplido objetivos que yo tenía, como publicar un libro, un poemario, pero en realidad son partes del camino, aún queda. Ahora estoy escribiendo cuentos infantiles, acercándome a algo nuevo para mí, y aunque parezca mentira, mueve dinero”, bromea Borja. Se reconoce un afortunado por haber tenido la oportunidad de representar o recitar sus obras, pero no por ello retira su vocación periodística. Siempre ha sido alguien reivindicativo dentro de la Facultad, un inconformista, alguien que va más allá y no se queda con lo aparente.

Literatura y periodismo siempre han tenido relaciones, a veces buenas, otras veces malas. Hay quien es más partidario de separarlos, de no mezclar. Puristas, o sabios. Según se quiera mirar. “Claro que el periodismo puede ser literario. De hecho, el mejor periodismo es el literario. Obviamente, no puedes sacar mucho jugo de una huelga de trabajadores de transportes, pero hay suficientes alternativas para crear. Insisto en que con la pérdida de García Márquez se ha ido uno de los dos pulmones del mundo. Hizo de esta profesión algo más”. Y viceversa. “Hay grandes obras que son periodísticas por

cuanto tiene de manifiesto, de que esto es así, de que esto ha ocurrido. Hay grandes muestras que nos presentan periodos de la historia y nos ayudan a comprender periodos de la historia. No podemos olvidar que la literatura es también una forma de comunicación”, se reafirma Borja de Diego.

Una vertiente difícil, pero que con talento, esfuerzo, paciencia y lucha, puede dar sus frutos. Son muchos los periodistas que a través de un lenguaje o un estilo literario han conseguido diferenciarse en los medios de comunicación. Y por norma general sobresalen, pues no es fácil lo que hacen. Y muchos los casos en los que no encontraron oportunidades en el periodismo y tras brillar en el arte, sí le abrieron las puertas. Borja tiene claro que ahora mismo su objetivo es volcarse hacia la escritura. “Me mantiene motivado y, sobre todo, desde que estoy en paro, me permite hacer cosas que antes no podía. Me reporta económicamente un mínimo, por eso tampoco puedo decir que sea mi salida”, concluye.

Con más renombre, Eva Díaz Pérez tiene una trayectoria de la que la FCOM puede y debiera presumir. Eva fue finalista en 2008 del premio Nadal con su novela *El club de la memoria*, y se ha hecho con otros premios como el VII Premio Málaga de Novela en 2013 con *Adriático* o el premio *El Público*

de *Narrativa con Hijos del mediodía*. Ella es una gran referente que muchos de los alumnos desconocen que estudió en la FCOM, lo que animaría a grandes venas artísticas y literarias a intentar este camino. La Facultad le otorgó el premio *Periodismo* de la Universidad de Sevilla en 2008.

¿Y por qué no la Academia?

No es la salida más popular, y probablemente, casi ningún alumno al entrar en la Facultad de Comunicación lo tiene como salida laboral buscada. Pero en esa reconversión de expectativas, hay una que suele calar hacia los futuros egresados. Lejos de marchar a los extramuros del recinto de la Isla de la Cartuja, prefieren quedarse para enseñar lo aprendido.

Son muchísimos los profesores que cursaron sus estudios en la Facultad de Comunicación y luego hacen cursar estudios a nuevas generaciones. De 2002 a adelante, ese número no es cojo, y entre los entrevistados tenemos el ejemplo de Toñi Nogales, hoy docente del departamento de *Periodismo II* gracias a su gran referencia, Ramón Reig. “Yo necesitaba de Ramón y de la asignatura de *Estructura de Información*, que la di con Aurora Labio. Eso me marcó lo que yo quería hacer. Quería estudiar eso, investigar eso”, recuerda de una asignatura que enseña y destapa los entresijos reales de un periodismo hun-

dido. Conglomerados mediáticos sin piedad que se adueñan de la opinión pública como un sigiloso felino del que pocos toman nota. Casi es un arte. Arte oscuro, claro. Una asignatura que apasiona o que puede desmoralizar por completo. Pero que no suele dejar indiferente a nadie.

Sin embargo, aunque hacer el Doctorado –hoy con el requisito de hacer un máster oficial de por medio– e intentar quedarse como docente e investigador en la Universidad sea una alternativa loable y necesaria, se está resintiendo. Sobre todo en un país al que parece no gustarle la investigación. Sobre todo, en el que la mentalidad sobre ella es que, más que una inversión, se trata de un gasto. Así que, para aquellos que se decantan por esta opción, no les queda otra que también deriva e incertidumbre en sus próximos días, semanas, meses y quizás años. Toñi Nogales, no en vano, tras cuatro años en la FCOM mediante becas, vio cómo expiraba su contrato en abril. “Los jóvenes investigadores no tenemos futuro porque han reducido becas y es más difícil obtenerlas, y el después no deja la posibilidad de progresión. No hay posibilidad de reengancharse”, comenta.

Hay saturación de demanda, y plazas muy pocas, cada una con cada vez menos créditos. Una profesión tan necesaria, que tampoco ha escapado a

las garras de la decadencia de nuestros tiempos. Resulta incomprensible que, con la cantidad de quejas sobre la calidad docente de algunos profesores de la FCOM, no se opte por renovar un asunto tan trascendental y dar rienda a savia nueva.

Normalmente, la enseñanza aún a mucha vocación, como el periodismo. Y aquél que se doctora, es porque cumple estos requisitos. El problema llega cuando esa vocación se pierde. Toñi Nogales hace autocrítica: “hay relajación de exigencia, y cuando el alumno llega aquí está preparado para que se le exija mucho más. Se baja el listón sin saber por qué. Hay muy buena materia prima, pero no hay exigencia desde el punto de vista académico, espíritu crítico, y se suavizan muchas cosas”. Añade, además, que “hay desajustes en la tarima, ya que ahora todos los apuntes se dan redactados y antes era algo que no pasaba, lo que te ayudaba a cristalizarlos”. Asegura Toñi que la entrada de Bolonia –y sus famosos grados– van por este camino, el de hacer al alumno el trabajo mucho más fácil, cuando habría que inculcar, realmente algo más de exigencia trabajadora. Sin embargo, con respecto a esto, Toñi va más allá siguiendo ese enfoque estructural que caracteriza a la asignatura de Estructura de la Información. “Igual este nivel de exigencia viene desde arriba porque interesa decir que hay un gran número

ro de licenciados y esa buena prensa”, concluye.

La FCOM, para mejorar como institución y superar algunos de los virus que la perjudican, debiera hacer todo lo posible para facilitar a estos egresados investigadores su camino. Ser un referente en este apartado es uno de los mejores avales de una universidad, por encima del de su inserción laboral.

Diagnóstico: titulitis

Hoy en día parece imposible que un grupo de periodistas se reúnan para charlar y no terminen discutiendo sobre la necesidad o la inutilidad de tener la carrera para ejercer como periodista. Un eterno debate que parece no tener una respuesta unánime, ni tan siquiera entre los propios estudiantes de Periodismo de la FCOM.

Aunque los alumnos cuyos nombres se han podido leer en estas páginas dieron en su momento el paso de matricularse en una Facultad de Comunicación para estudiar Periodismo, años después unos no consideran que la carrera sea necesaria para ejercer el oficio. Es, más bien, un mero trámite para poder acceder a los medios de comunicación, que sí lo exigen como requisito, como una simple autorización o justificación.

“No creo que sea necesario estudiar la carrera para desempeñar la profesión. No hace falta un título para ha-

cer algo que se puede aprender de otra manera. Si tú eres capaz de mantener una credibilidad contando historias, la gente cree que lo haces bien y nadie es capaz de demostrar que estás mintiendo... Eso es ser periodista y punto”, sostiene Juanlu cuando habla de la definición de periodista. Y es que, para este egresado la porfía se ha quedado añeja: “el debate del intrusismo laboral, al igual que el del periodismo ciudadano, está mitificado. No son más que dos cortinas de humo para ocultar los verdaderos problemas de la profesión: la precariedad laboral y las estructuras de poder que hay tras los medios de comunicación. Y esas dos patas son las que provocan que hoy tengamos un periodismo como el que tenemos”.

En este penúltimo capítulo aparece un nuevo ex alumno de la FCOM. Se matriculó en Periodismo en 2009, cursó un año y acabó por quitarse en segundo de carrera. A pesar del abandono, José Joaquín Trenado ha pasado varios años trabajando para la COPE en Sevilla, donde le exigieron que retomara los estudios de Periodismo para continuar realizando prácticas. Su único año de experiencia en la FCOM le ha servido para formarse una opinión bastante negativa de la Facultad, de ahí que a la hora de continuar con sus estudios volviera a la Isla de la Cartuja, pero a las aulas de la enseñanza privada, dado que –a su parecer– esta

opción es mucho más práctica y, por ende, más efectiva.

José Joaquín Trenado es el ejemplo viviente de la necesidad –aunque sea por exigencias de las empresas informativas– de tener el título para acceder a una redacción de informativos. No obstante, este estudiante de periodismo por requerimiento del mercado tiene claro que no es necesario estudiar una carrera como Periodismo para ser periodista. Lo que él apoda como la titulitis: “yo creo que el periodismo es un oficio, no una profesión, y aquel que tenga un mínimo de conocimiento y otra carrera, como Historia o Derecho, puede valer para esto. Pero que en una carrera se estudien tantas tonterías es una pérdida de tiempo”, añade.

Según cuenta, uno de los jefes de José Joaquín consideraba que los estudiantes de Periodismo no estaban adecuadamente instruidos para desempeñar el oficio: “yo he visto a compañeros de 5º de carrera que no sabían ni colocar una grabadora en una rueda de prensa”, asegura Trenado.

Pero José Joaquín Trenado va mucho más allá: “ni me gusta la privada, ni me gusta la pública. Lo ideal sería volver a lo de antiguamente, a una Escuela de Periodismo. La carrera no van a enseñar a un periodista a ser curioso, a leer la prensa todos los días o a interesarse por los demás. El periodista no

se hace, se nace”, opina. Ni que decir tiene que la cuestión del intrusismo laboral es, para José Joaquín, un tema zanjado: “Carlos Herrera estudió Medicina, no Periodismo. ¿Me vas a decir tú a mí que Herrera es un intruso? ¿Tú cómo puedes valorar que el actual director de El Correo de Andalucía es un mal periodista por ser Licenciado en Sociología?”. Sin embargo, la perspectiva es muy relativa. Ahora son muchísimas las posibilidades de estudiar Periodismo, casi con un centro en cada ciudad, cosa que antes era una quimera. La realidad demuestra que quien no estudia Periodismo hoy es porque no quiere. Pero no por ello hay que devaluar unos estudios, igual que tampoco habría que devaluar los de Sociología. ¿Acaso un periodista puede ser sociólogo? La lógica dicta que no, que para ser sociólogo hay que tener unas aptitudes que se consiguen en la carrera correspondiente, lo mismo que un sociólogo no puede ser un periodista al carecer de esas aptitudes. Si una cosa se defiende a ultranza, ¿por qué la otra no? El mal que sufre la profesión se refleja cuando ni los propios periodistas se defienden entre ellos.

Cinco años después de haber cruzado por primera vez las puertas de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla, José Joaquín todavía recuerda uno de los fallos, a su juicio, más importantes de la FCOM: “es lamentable que estén tan masificadas las

aulas. No pueden entrar 600 personas en cada promoción, ¿de ahí cuánta gente se va a colocar?”. Precisamente, este es un problema real que se encuentran los recién Licenciados en Periodismo cuando intentan acceder a un mercado laboral que ya no oferta plazas: “o bien habría que subir la nota o una determinada prueba de nivel. Eso necesita una solución”, advierte.

En cualquier caso, no parece justo reducir el debate a que existan buenos periodistas que no se hayan tomado la molestia de pasar por una Facultad de Comunicación. En ese sentido, Esther Sanz hace una defensa del título: “defiende la enseñanza del periodismo en las universidades. Bajo la excusa de que en las facultades de comunicación no se enseña lo que realmente necesita un periodista para ejercer, no se puede alegar que no sean necesarios unos estudios específicos para desempeñar la profesión”. Para Esther, esos son dos debates distintos. Por tanto para otros egresados el paso por la Facultad es indispensable.

Así, se debería abrir un diálogo para la mejora de los planes de estudio, actualizarlos y acercarlos a la realidad del oficio, de lo que están demandando en las empresas que se dedican a la comunicación. Un trabajo conjunto entre la academia y la empresa. Si ese diálogo se rompe, advierte Esther, “se provoca un perjuicio a la calidad del proceso informativo”. Y es que, a día de hoy la

última decisión sobre la contratación de trabajadores para un medio informativo la tiene el empresario, algo que no ocurre – tal y como apunta Esther – en otras profesiones como la medicina, la abogacía o la arquitectura, en las que es necesario acreditar unos conocimientos dada la enjundia del servicio que desarrollan esos profesionales. ¿Es entonces menos importante el servicio que ofrece un periodista que el que ofrece un abogado o un arquitecto?

¿La profesión más bonita del mundo?

Se destaca siempre del periodista que es un ser un tanto ególatra. Y quizás, los que apoyen esa afirmación, tienen un buen justificante cuando el periodista habla de su profesión. Siendo honestos, el 90% de las personas dirán que su profesión es la más bonita del mundo, por lo que es un baremo muy relativo. Para gustos, una paleta pictórica. No es la cuestión a analizar aquí.

Es cuantiosamente sorprendente que, a pesar de la situación que viven la mayoría de los periodistas, y que vive el periodismo, pocos son los que dicen que no es la profesión más bonita del mundo. Ese amor incondicional de los periodistas es tan positivo como dañino. Por una parte, permite que la profesión no muera, pero por otra, la falta de exigencia y lo bohemio de sus actitudes la hunde en la miseria. En

otras palabras, que no se muere, pero se mantiene agonizando permanentemente. ¿Es el periodismo la profesión más bonita del mundo?

“La más bonita y la más necesaria”, se muestra tajante Juan Pablo Bellido. Claro que, la distinción debiera ser si es o si pudiera llegar a ser. “Es la más bonita del mundo, pese a que está muy viciada y pervertida, pero cuando se puede ejercer, lo es”, recuerda Toñi Nogales, que comparte amor junto con la enseñanza. Sergio Rodríguez ahonda más en esa dicotomía entre el amor y el dolor: “es bonita, pero también injusta, hipócrita, infiel, salvaje y violenta. Es diferente, tiene esa parte de la realidad y de belleza poética que te da el periodismo siempre. Es muy gratificante cuando haces las cosas bien”.

A menudo, este amor se debe a la simple identificación que se tiene respecto a ella. El periodista respira si hace periodismo, se identifica porque se siente importante, con un rol social, con objetivos por delante. Es la que le hace disfrutar, meterse en la realidad, vivir el día a día con intensidad, sentirse partícipe. Contar historias. Acercar al resto. El periodismo es una de las profesiones más humanas del mundo. Por eso es vida. Por eso se vive tanto.

Colofón

La FCOM cumple 25 años. Días, semanas y meses en los que ha evolu-

cionado, involucionado o ha permanecido estancada en según qué ámbitos. Muros que forman periodistas. Muros indispensables para la sociedad. Muros que se han visto vulnerables con el paso del tiempo. En 25 años pueden pasar muchas cosas, y son muchas las personas que han caminado por sus pasillos, sentado en sus aulas, y desayunado en su cafetería. Una vida, aunque sólo sea por cuatro o cinco años.

Los egresados de la FCOM son sus mejores emblemas y estandartes. Ellos son el legado que expanden y representan el nombre del que fuera su centro de formación más allá de las fronteras y las extintas cancelas de la Isla de la Cartuja. Estandartes y emblemas que, en la mayoría de los casos, no han sido cuidados. La Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla tiene una deuda con ellos. Un déficit que aumentará si no se le pone conciencia a que ellos, aun siendo alumnos del pasado, continúan formando el nombre de Universidad. Son FCOM aunque ya no estudien en su biblioteca, ni alquilen películas en la videoteca ni se sienten en el jardín que se ubica a la espalda del edificio de las ventanas rojas. Son FCOM aunque su lugar de residencia ya no sea estar entre sus paredes.

Ellos han vivido mejor que nadie los designios y aventuras de la Facultad de Comunicación hispalense. La

conocen a la perfección después de compartir hábitat durante importantes años en sus vidas. Sus voces, sus opiniones, sus pensamientos son sacros a la hora de querer limar los defectos salvables de la FCOM. Ellos han estado dentro, y están fuera. Sus ojos, sus perspectivas, pueden ser la docencia en un centro donde se imparte precisamente la misma. Ellos han combatido con asignaturas redundantes, teoría excesiva, carencia de práctica, profesores no aptos, infraestructuras anticuadas, y una visión de la realidad muy lejana a la verdadera realidad. La de fuera. Pero también han disfrutado de crecer como personas, de hacerse a sí mismos, de tener la oportunidad de vivir lo que es ser universitario, de conocer a referentes que les han guiado en sus caminos y de encontrar, quizás, el verdadero designio los mismos. La experiencia es un grado, otra vez. Un típico tópico, por rimbombante y hasta odiosa que suene esta expresión, que debe ser una máxima.

Conste en acta que hay cosas que se hacen muy bien en La Cartuja. Profesores referentes a nivel nacional, otros que se ganan el cariño de sus pupilos por animarles a batallar, a no perder la esperanza, jornadas bien organizadas que atraen a gente importante del sector para compartir experiencias, grupos de investigación que hallan fuentes de conocimiento de

los que la FCOM puede estar orgullosos. La Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla es un lugar en el que los egresados guardan gratos recuerdos, experiencias que no cambiarían por nada. Hay material y potencial. Muchos despropósitos por resolver también. Es cuestión de explotarlo. De impulsar lo bueno y luchar por resolver lo que lastra. Van 25 años, pero a buen seguro, algunos futuros compañeros, que quizás aún ni siquiera estén pensados por sus futuros padres, tendrán la oportunidad de escribir el reportaje de años en duplicado sobre la FCOM, como hijo de lo que ha salido del tecleo de las manos de periodistas que, mientras agonizaban en sus últimos meses de carrera, han realizado para esbozar lo que es hoy la FCOM. En este caso concreto, lo que fue, es y puede ser de sus egresados, vértebra de lo que es una universidad.

Mientras los egos sigan invadiendo la formación de planes de estudios, las elecciones de asignaturas, las posibilidades de optar a una plaza, de diseñar materias, de crear una distancia insalvable con el alumno por miedo a que la cercanía sea sinónimo de pérdida de autoridad, de no permitir a sus miembros vivir la experiencia práctica real del periodismo más allá de libros desfasados, o de conectar, simplemente, con lo que está ahí en la calle, la

FCOM seguirá ensimismada en un bucle por el que ser egresado de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla sea un honor sin pena ni gloria. Los problemas, muchas ve-

ces faltos de solución por ausencia de iniciativa, seguirán acompañando el bagaje, muy bueno en algunos casos, de aquellos que entintan su currículum de ser de la FCOM.